



MANUEL AGUSTÍN HEREDIA MARTÍNEZ (1786-1846)

Fue uno de los hombres de negocios más importantes de España en la primera mitad del siglo XIX. Nació en Rabanera de Cameros (Logroño) el 4 de agosto de 1786. A la edad de quince años, seguramente llamado por algunos de sus paisanos previamente instalados en el sur peninsular, llegó a Málaga donde residió el resto de su vida.

Dio sus primeros pasos en el mundo de los negocios como dependiente en una casa de comercio en Vélez-Málaga, pero muy pronto fundó su propia compañía mercantil en unión de otros dos socios. Su buena estrella comenzó en los años de la guerra de Independencia, tiempos duros para la mayor parte de la población, pero a los que él supo sacar provecho, practicando el comercio a gran escala (exportación de productos agrícolas y minerales de la región e importación de manufacturas y coloniales). Heredia obtuvo importantes beneficios de la exportación de grafito gracias a los permisos que consiguió del general Ballesteros, que dirigía la resistencia contra los franceses en la zona. Según Álvarez de Linera, el propio Heredia confesaba que los grafitos de Marbella habían sido el principio de su colosal fortuna.

En 1813, cerca ya del final de la guerra, Heredia se instala en Málaga y contrae matrimonio con Isabel Livermore Salas, hija de un inglés afincado en España, que se dedicaba a la fabricación de curtidos. Fue un matrimonio fecundo. Tuvieron doce hijos, aunque cinco de ellos murieron en la infancia.

Durante los años 1814 a 1824 tiene lugar su ascenso económico y social. La guerra de independencia hispanoamericana no impidió a Heredia la continuación del tráfico mercantil con los territorios del otro lado del Atlántico; para ello recurrió a la utilización de barcos de países neutrales, sobre todo ingleses y norteamericanos. Otros negocios de esta etapa fueron el abastecimiento de los presidios norteafricanos, el suministro de tabaco al Estado o la fabricación de azúcar en un ingenio de la costa oriental malagueña.

La creciente importancia de su casa de comercio le valió el reconocimiento de la clase mercantil malagueña que lo eligió Prior del Consulado en 1824. Desde aquel puesto Heredia impulsó importantes obras como el arreglo del camino de Antequera (esencial para el comercio por ser vía de conexión entre las comarcas del interior y la ciudad portuaria) y la limpieza del puerto de Málaga (la acumulación de arenas dificultaba gravemente la entrada de barcos); presentó, además, interesantes proyectos como la creación de una cátedra de química industrial y contribuyó al establecimiento de un jardín de aclimatación de plantas exóticas.

Por estas mismas fechas surge el interés de Heredia por la industria, que supo hacer compatible con el comercio. Su primera incursión en este sector fue en la siderurgia. En 1826 un grupo de hombres de negocios, entre los que se encontraba Heredia, creó una sociedad para explotar un rico yacimiento de hierro descubierto en Ojén, cerca de Marbella. Construyeron una ferrería junto al río Verde (*La Concepción*) e iniciaron la explotación. Las dificultades iniciales y los malos resultados obtenidos al comienzo hicieron desistir a la mayoría de los socios, por lo que la empresa hubiera naufragado a no ser por el tesón y la fe de Heredia, quien con la ayuda del guipuzcoano Francisco Antonio Elorza, militar experto en fundiciones, consolidó la fábrica de Marbella y creó una nueva ferrería en la ciudad de Málaga (*La Constancia*). La ubicación de ésta respondía a la necesidad de facilitar la llegada del carbón mineral necesario para el afinado del hierro obtenido en los hornos altos de Marbella. Como el combustible había de llegar por mar procedente de Asturias o de Gran Bretaña, la proximidad al puerto de Málaga permitiría abaratar los costes del transporte.

La Constancia se construyó en 1833 según proyecto y bajo la dirección del arquitecto Tomás Cortés. El nuevo establecimiento fue dotado de moderna maquinaria fabricada en Inglaterra y se contrataron técnicos de aquella nacionalidad para que instruyesen a los naturales en las nuevas labores fabriles.

La siderurgia de Heredia, con sus dos establecimientos de Marbella y Málaga, entró desde mediados de los años treinta en una fase de gran actividad que la llevaría a colocarse en poco tiempo a la cabeza de la producción nacional de hierros. En gran medida ello se debió a la paralización de las ferrerías del norte peninsular por la guerra carlista, pero también a la habilidad de Heredia, que supo aprovechar la circunstancia para modernizar su equipamiento e introducir cambios en la fabricación de hierros. En 1840 Heredia se había convertido en el primer fabricante de hierros de España. Los hierros malagueños se impusieron en el mercado nacional manteniendo esa hegemonía por espacio de dos décadas.

Simultáneamente Heredia dirige su mirada hacia otro sector industrial, el plomo, que en aquellos momentos despuntaba en la provincia de Almería. En 1837 adquirió la fundición *San*

Andrés de Adra, cuyas bases habían puesto las firmas *Rein* (de Málaga) y *Colman, Lambert and Co.* (de Londres). Heredia introdujo reformas y mejoras en las instalaciones, de tal forma que la fundición alcanzó entonces su mayor esplendor.

En 1840 era dueño también de dos fábricas de jabón situadas en el malagueño barrio del Perchel y de doce buques “que hacían la carrera de las Américas hasta el mar Pacífico”.

Heredia era entonces el más destacado empresario de la Península. Sólo las ferrerías de Marbella y Málaga daban empleo a unas 2.000 personas. Si a estas cifras añadimos el número de obreros que trabajaban en la fundición de Adra, en las fábricas de jabón, casa de comercio, etc. se comprenderá que Manuel Agustín presumiera de “ocupar el mayor número de brazos que alimentara jamás un particular en estas provincias”.

Pero las inversiones industriales de Heredia no se limitaron al sector metalúrgico. Los productos químicos y los tejidos entraron también en el círculo de sus inversiones ya en la última etapa de su vida. Según Benito Vilá, cuando se produjo la muerte de Heredia (14 de agosto de 1846) se estaba levantando la elegante chimenea de más de 300 pies de altura de una fábrica de productos químicos, construida en terrenos de la ferrería *La Constancia*. Su amplio edificio albergaba seis cámaras con una capacidad total de 70.000 pies cúbicos para la producción de ácido sulfúrico, empleado después de la fabricación de barrilla artificial y de bujías esteáricas.

Tampoco llegó a Heredia ver culminado otro proyecto paralelo al anterior y llevado a cabo en colaboración con los hermanos Pablo y Martín Larios, la construcción de una fábrica de hilados y tejidos de algodón, lino y cáñamo, a la que se dio el nombre de *Industria Malagueña* y que al igual que las ferrerías figura entre las pioneras de su ramo en España. El nuevo establecimiento, edificado en terrenos colindantes a la ferrería *La Constancia*, inició su actividad en septiembre de 1847. Sus instalaciones comprendían almacenes para el algodón, madera y combustibles; oficinas y talleres para las distintas secciones de la fabricación; locales destinados a la reparación de maquinaria y casas para empleados y trabajadores. En 1852 *Industria Malagueña* proporcionaba empleo a 1.400 personas, en su mayoría mujeres, contaba con 495 telares y su producción ascendió a 3.400.000 varas de lencería y 3.800.000 varas de tejidos de algodón. La fábrica malagueña se convirtió en seguida en la segunda mayor empresa textil algodonera de España.

Otros campos en los que intervino Manuel Agustín Heredia fueron los seguros, los transportes y la banca, sectores todos ellos relacionados estrechamente con sus negocios.

En Málaga, ciudad cuya economía estaba orientada al mar, los seguros marítimos tenían una importancia capital. Para paliar la dependencia del exterior en esta materia, los grandes

comerciantes promovieron la creación de compañías autóctonas que aseguraran las mercancías objeto del tráfico y los barcos que las transportaban. Hubo dos ensayos tempranos de sociedades anónimas, la *Compañía Malagueña de Seguros Marítimos* (1836) y *Unión Malagueña. Sociedad de Seguros Marítimos* (1840), ambas de vida efímera. En ésta última Heredia era el mayor accionista. Pero la fórmula adecuada en el seguro marítimo no se encontró hasta 1851, fecha de fundación del *Lloyd Malagueño*, convenio de aseguradores que fue renovado en sucesivas ocasiones hasta comienzos del siglo XX y en el que la Casa “Hijos de Manuel Agustín Heredia” estuvo generalmente en cabeza por número de participaciones.

En 1845 Manuel Agustín Heredia logró interesar a los individuos más representativos del comercio y las finanzas de Málaga en el proyecto de una sociedad de vapores que tomó cuerpo legal el 9 de marzo del citado año. Su objeto era establecer una línea de vapores entre Cádiz y Marsella. Su capital inicial era de 60.000 pesos fuertes divididos en acciones de 20.000 reales cada una. Heredia y Larios figuran también como mayores accionistas con 13 y 9 acciones respectivamente.

Finalmente, por lo que se refiere a las finanzas, Manuel A. Heredia fue uno de los fundadores del *Banco de Isabel II*, creado el 25 de enero de 1844 por iniciativa de un grupo de importantes hombres de negocios entre los que figuran José Salamanca, Gaspar Remisa, Manuel Gaviria, José Buschental, Nazario Carriquiri y Pablo Collado. En cambio no consiguió ver aprobado el proyecto de crear un Banco de Málaga que impulsó cuando ocupaba el cargo de Vicepresidente de la Junta de Comercio en 1844. La idea, favorablemente acogida en la propia Junta y en el mundo de los negocios de Málaga -hasta el punto de cubrirse inmediatamente una suscripción abierta para el reparto de las acciones-, no encontró apoyo en el gobierno. Hubo que esperar hasta 1856 para que Málaga contara con una entidad bancaria ya que fue en esa fecha cuando el gobierno aprobó la creación del *Banco de Málaga*, figurando entonces entre sus promotores su hijo Tomás.

Manuel Agustín Heredia murió en Málaga el 16 de agosto de 1846, pocos meses después de que la reina Isabel II lo nombrara Senador. Un periódico madrileño, el *Semanario de la Industria*, al dar la noticia de su fallecimiento, lo consideraba como “primer capitalista español”.

Su fortuna era una de las mayores de España. El inventario de sus bienes realizado en 1847 arrojó un activo superior a los 60 millones de reales, cifra que pocos igualaban en aquella España de mediados del siglo XIX. Además de las fábricas reseñadas, era propietario de fincas rústicas y urbanas y de una pequeña flota compuesta por 18 barcos. Tenía intereses en sociedades industriales, mineras, de seguros, transportes y banca; y sus almacenes estaban

repletos de todo tipo de mercancías. Una fortuna, en fin, caracterizada por el dinamismo y la apuesta por el riesgo, como lo demuestra el abrumador peso del capital circulante (más del 60% del activo)

Sus hijos recibieron una herencia cuantiosa y compleja cuya gestión exigía inteligencia, habilidad y capacidad de adaptación a las circunstancias. Una herencia con graves problemas, como la dificultad de abastecerse de carbón mineral para alimentar a los altos hornos y afinerías de Málaga, que condicionaría decisivamente la marcha de la siderurgia.

Como otros hombres de negocios del siglo XIX, hizo pivotar sus empresas y actividades sobre la familia. Asoció a sus negocios a su hermano Martín y a sus cuñados Miguel Bryan y José de la Cámara. Con otro de sus cuñados, José de Salamanca, participó en varios negocios cuando éste se hallaba en los comienzos de su aventura empresarial. Y desde luego no descuidó la formación de sus hijos enviándolos a prestigiosos centros de enseñanza técnica en el extranjero (Inglaterra y Francia) a fin de que adquirieran la preparación necesaria para sucederle al frente del complejo entramado empresarial creado por él.

Manuel Agustín Heredia es uno de los escasos ejemplos de empresario innovador y audaz en una España atrasada, donde eran pocos los hombres de negocios dispuestos a seguir la senda de los países de la Europa Occidental que en esa época experimentaban un fuerte crecimiento económico. Su fe en las posibilidades de Málaga y la costa andaluza como área desarrollada y próspera, sus iniciativas en el terreno industrial, creando empresas desconocidas en las tierras del sur, le hacen acreedor a la consideración de empresario moderno.

Cristóbal García Montoro